

# INFERIA

OLIVIA RAIN



## *Inferia*

© de la obra: Olivia Rain (@oliviarainart)

© de la corrección: Afelnie

© de la portada: Lina Ganef (@linaganef)

© de las cartas del tarot: Its Minuitae (@its\_minuitae)

© de la maquetación: Vanesa Marco

© de los embellecedores: Mónica Martín Luna (M.Moonrain)

© de las ilustraciones de los actos: Mónica Martín Luna (M.Moonrain)

© 2025, Ediciones Raven S.P.J.

© [www.edicionesraven.com](http://www.edicionesraven.com)

© ISBN: 979-13-990071-0-7

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo podrá ser realizada con la autorización expresa de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

★ ADVERTENCIA DE CONTENIDO ★

Inferia es una ciudad de artistas y un destino familiar lleno de magia y esperanza. Sin embargo, algunos de sus espectáculos pueden contener escenas de violencia explícita. Todas las escenas que podrían alterar la sensibilidad del público, como aquellas que incluyen menciones a la sangre y heridas autoinfligidas, han sido llevadas a cabo por actores profesionales contratados por el Gran Master.

Tras esta breve advertencia, te damos la bienvenida a la Feria Infinita. Esperamos que disfrutes de tu visita.

*A mi hermana, feliz Navidad.*

*A quienes llevan tinta en las venas, engranajes en el corazón y música en los pulmones. Seguid bailando.*

*A quienes sueñan con un lugar donde vivir sin máscaras y a quienes ya se han convertido en estrellas. Inferia os pertenece.*







★ INFERIA ★



## EN EL QUE UNA PRINCESA DICE ADIÓS A UN BARCO

---

*Seanna*

La Empiressa se asomó a su segundo balcón favorito. A pesar de su delicada arquitectura y el nivel de detalle con el que ella misma había tallado los intrincados relieves de la balaustrada, no podía decir que fuera el primero. La brisa marina que soplab a esas horas de la noche agitaba su vestido, cuyas capas superiores se rebelaban contra ella asomándose entre los gruesos barrotes de mármol como si intentasen escapar. Al inclinarse para apoyar los codos en el borde del balcón, uno de los largos tirabuzones dorados de la Empiressa trató de imitar a su vestido, pero ella lo agarró a toda prisa para devolverlo a su lugar antes de que el viento hiciera de las suyas. Tras recolocar sin esfuerzo las dos enormes horquillas que sostenían su peinado, dirigió la mirada hacia el gigantesco reloj de una de las Torreguías que gobernaban la entrada al puerto de Inferia.

Su segundo balcón favorito estaba orientado al este. Desde ese punto del Palacio Invisible tenía las vistas perfectas para



poder contemplar el barco a punto de zarpar, tarde como de costumbre, para iniciar su recorrido por los puertos de los pequeños pueblos costeros de todo Oria. Hacía décadas que habían dejado de recorrer el reino a pie.

A lo largo de sus viajes programados cada cinco años en busca de nuevos talentos para Inferia, el Gran Master había aprendido una valiosa lección: no merecía la pena perder el tiempo en las grandes ciudades. Era en las poblaciones pequeñas, pero con grandes puertos, donde se encontraban los mejores diamantes en bruto. En villas cuyos habitantes contemplaban el mar día a día soñando con abandonar su hogar en busca de aventuras. En casas de piedra blanca decoradas con conchas por niños que jamás habían visto más allá de los muelles.

El Gran Master miró hacia el balcón de palacio desde la cubierta del barco y, tras una reverencia dirigida a su Empiressa, lanzó al aire un puñado de polvo. Todos los peones de Inferia alzaron expectantes la vista al cielo nocturno, impacientes por descubrir de qué color se teñiría la niebla durante las semanas en las que el Gran Master estuviera fuera.

Poco a poco, el aire comenzó a llenarse de un ligero olor a lavanda y tanto el mar como el cielo comenzaron a aclararse, señal de que, para cuando amaneciera, habrían cambiado completamente de color hasta volverse del mismo tono amoratado que la planta.

La Empiressa dejó escapar una sonrisa cómplice. *Lavanda para calmar las pesadillas*. Aunque sabía que a esa distancia él no podría verla, le lanzó un beso y se llevó la mano al corazón.





Cada vez que se marchaba, el Gran Master la agasajaba con un recuerdo de los primeros días de su historia de amor. De aquellos en los que el cielo estrellado y los campos de lavanda eran lo único que los protegía de sus perseguidores.

—Vuelve pronto, mi amor —susurró la Empiressa—, y tráeme sangre nueva.

En ese momento, el barco cobró vida. Los autómatas levaron anclas y las velas se hincharon mostrando con orgullo el emblema de Inferia.

Cuando el navío comenzó a separarse del muelle, como alentado por las palabras de la Empiressa, todos los peones en tierra profirieron gritos de aliento a su maestro y a sus compañeros luceros a bordo. Entre tanto escándalo podían distinguirse las voces de varios títeres y marionettas, que rogaban al Gran Master que les trajera nuevos actores y bailarines. En los últimos años habían sufrido escasez en su gremio. Los pocos que quedaban apenas daban abasto y estaban empezando a utilizar incluso a algunas maskaras para los espectáculos callejeros. Estas últimas no solían acudir a la despedida, pero si lo hacían era a rostro descubierto, de modo que nadie sabía realmente si se trataba de peones de Inferia o de simples habitantes de la ciudad que habían decidido unirse a la celebración.

Con semejante alboroto, ninguna de las personas congregadas en el puerto se dio cuenta de que una figura envuelta en sombras se deslizaba entre ellas hasta llegar al borde del muelle. La Empiressa fue la única que vio cómo la sombra se lanzaba al mar y se desplazaba ligera sobre las olas hasta llegar al barco para,



cuando estuvo lo bastante cerca, saltar impulsada por las tinieblas y aterrizar suavemente en cubierta. Junto a ella, el Gran Master asintió y su autómata personal le abrió una puerta para que pudiera retirarse a su camarote. Solo entonces la Empiressa se relajó y pudo respirar con normalidad, sabiendo que Umbra ya estaba a bordo y todo iba como la seda.

La sombra hizo una reverencia dramática hacia el palacio, imitando la habitual despedida del Gran Master, y lo siguió al interior del navío.





## EN EL QUE UNA VIDENTE VENDE UNA RED DE PESCA

*Levander*

Levander odiaba las redes de pesca, pero tenía un talento natural para conseguir que cualquier persona se enamorase de ellas. Su tío solía decir que era *su talento*, parte del aura mística que la joven llevaba a su alrededor, y que era una suerte que el resto de trabajadores del puerto no hubiesen descubierto que era una bruja de verdad.

Lo decía en broma, por supuesto. Levander no era una bruja. Su madre, desde luego, no lo había sido o de lo contrario su propio hermano lo habría sabido y se habría asegurado, tras su muerte, de instruir de alguna forma a su sobrina en los oscuros senderos de la magia.

Timoteo Vivare era un vendedor ambulante con debilidad por los sucesos inexplicables. Vendedor porque no le había quedado otra. Tras perder un ojo y una pierna durante una tormenta en alta mar, había desarrollado una profunda aversión al agua y, en un minúsculo pueblo de la costa de la región de la



Península como era Pex, o bien te dedicabas a la pesca, o bien te limitabas a la compraventa de pescado fresco, cebo y redes, entre otras cosas. Ambulante porque no tenían dinero suficiente para alquilar un pequeño local, de modo que Levander y él se levantaban cada día al alba para conseguir colocar su carrito abarrotado, e inexplicablemente resistente al paso de los años, en un buen lugar del paseo marítimo que estuviese lo bastante cerca de la vista tanto de marineros como de turistas burgueses a los que sacar unos cuantos orbes. Que tenía debilidad por los sucesos inexplicables era algo que a Levander muchas veces le sacaba de quicio. Por desgracia, incluso Levander tenía que admitir que el que ella fuera capaz de ver el futuro de cualquier persona utilizando una baraja de cartas era, cuanto menos, inexplicable y mágico.

Había empezado a leer las cartas cuando era pequeña. Tal vez en el invierno de su octavo cumpleaños. No, el séptimo. El destino tiene una curiosa predilección por el número siete. Timoteo todavía conservaba su ojo izquierdo y su pierna derecha y pasaba los ratos muertos, tras descargar la pesca del día, jugando a la escapada en la cubierta del barco. Aquel día, durante una de las partidas de cartas, Levander había querido subir al barco con su tío y los marineros. Estos, encandilados por sus profundos ojos grises, demasiado abiertos y penetrantes para una niña de su edad, se la habían subido a hombros y habían hecho para ella una especie de trono con dos viejos barriles. Después de que la experimentada capitana dejase una carta sobre la mesa al final de su turno, la niña la había mirado con esos enormes ojos del color de la niebla y le había dicho que iba a encontrar la muerte.





Los marineros se quedaron entonces completamente en silencio y Timoteo decidió que era hora de llevar a su sobrina con la amable marinera retirada que contaba cuentos a los niños del pueblo. Sin embargo, cuando pocos días después la capitana marcada con la muerte descubrió por casualidad un barco hundido lleno de restos humanos, se corrió la voz por todo el pueblo de que Levander Vivare podía ver el futuro.

A partir de ese día y durante dos meses enteros, Timoteo observaba a su sobrina cada vez que esta se quedaba en silencio, tal vez esperando que echase a volar o que prendiese fuego a los muebles con la mirada. Nada de eso ocurrió. Lo que sí ocurrió fue que Timoteo consiguió una baraja de cartas de escapada a cambio de su mejor par de botas y, en cuanto las tuvo en la mano, Levander sintió una ráfaga de poder, una conexión instantánea con ellas, y supo cómo iba a ayudar a su tío a llevar comida a la mesa. Con el tiempo se dio cuenta de que el descubrimiento de su talento inexplicable era lo mejor que les podía haber pasado. Sobre todo después de que su tío se enamorase de una carpintera y de que esta hubiese empezado a tallar bebés en pequeños tacos de madera con demasiada frecuencia. Dos bocas más que alimentar exigían más orbes de los que podía ganar su tío vendiendo redes de pesca con remiendos precarios.

Quince años después de que Levander tocase su primera carta, ya se había labrado una reputación, en cierto modo respetable, y leía el futuro tanto a marineros como a jóvenes enamorados de Pex, e incluso de algún que otro pueblo cercano como Porta Terma o Lund. Pero sus mejores clientes eran sin duda los nobles y bur-



gueses que caminaban por el paseo marítimo mirando por encima del hombro a vendedores y habitantes con escasos recursos. No es que fuera un pueblo de gran atractivo turístico, pero su playa tenía el tamaño suficiente como para ser uno de los destinos frecuentados por personas de la alta sociedad de las ciudades interiores del reino, que necesitaban huir del asfixiante progreso y recuperarse, física o mentalmente, de alguna enfermedad de causa desconocida respirando el aire del mar.

Aquel día, el cielo estaba nublado y el viento soplaba con fuerza, de modo que cualquiera que no fuera trabajador del puerto o nativo de la zona se habría quedado en su cómoda habitación al calor del hogar. Levander sabía que ese día no tendría clientes distinguidos, así que se había puesto su blusa más descolorida y la falda a la que había cosido correas a ambos lados para poder remangarla sobre unos pantalones ajustados. De este modo podría correr, en caso de que comenzase a llover, para poner el carro y su mercancía a cubierto. Su tío la había dejado sola durante unas horas mientras iba a comprar la madera con la que su mujer planeaba construir una cama para su bebé que le durase toda la vida. En el ambiente se percibía, como cada día, el inconfundible olor a sal, pero también uno no tan corriente, a maíz y a humo; lo que significaba que el viento venía del interior y traía consigo las nubes cargadas de las montañas, que pasaban por las grandes urbes absorbiendo su aire contaminado.

Levander estaba agachada bajo el carro, recogiendo una carta que se había volado con una brisa repentina, cuando vio junto a las ruedas dos pares de botas llenas de salitre. Se golpeó la cabeza





con la esquina del carro al incorporarse, pero mantuvo la compostura agarrando la carta con tanta fuerza que sin querer dobló una de las esquinas.

—Emery, ¿qué deseas preguntar hoy al Primero? —dijo mientras desplegaba la mesita auxiliar.

No es que Levander fuera una devota seguidora de los dioses, como lo era por el contrario su tío, pero las gentes de Pex eran tan supersticiosas que estaban convencidas de que los Tres Creadores escogían las cartas antes de que cayeran sobre la mesa. Emery era una de las que solía rezar al Primero, dios del cielo y de las pasiones, para que le augurase suerte en el amor. Levander apenas la conocía, apenas conocía a nadie realmente, pero habían compartido muchas tardes desde pequeñas escuchando los cuentos de la señora Desale, además de asistir juntas a la única escuela del pueblo. Desde hacía ya cinco años, su única relación eran los diez minutos que tardaba Levander en convencerla de que las cartas decían que no tardaría mucho en encontrar pareja.

—En realidad... —La joven tomó la mano al marinero que la acompañaba—. Hoy venimos a consultar al Tercero. Este es Den, ¿te acuerdas de Léa, la capitana del barco en el que solía trabajar tu tío? Poco después de que me contratase en su barco, su sobrino vino de visita desde Cita Pexelle.

—¿Trabajas en el Cantor? —exclamó Levander, genuinamente sorprendida de que Léa, la capitana más arisca de todo el puerto, hubiese contratado a alguien tan joven y entusiasta como Emery.

—Son tiempos difíciles, mi tía empieza a aceptar que la juventud necesita trabajo —explicó Den, ajustándose el cinturón—.





Aunque de momento Emery y yo somos toda la juventud que hay a bordo.

Levander comenzó a barajar las cartas mientras Emery le relataba cómo ella y Den se habían enamorado a primera vista y tenían pensado comprar una de las casitas recién remodeladas cerca del puerto. Para decidir si arriesgarse, primero debían consultar si ese año habría buena pesca, si trabajarían lo suficiente como para permitirse. El Tercero era el dios de la tierra, al que acudían todos aquellos en busca de bienes materiales y abundancia.

A Levander le daba igual a qué dios creyeran estar preguntándole sus clientes, ella insistía en que únicamente interpretaba las cartas que aparecían. Se curaba en salud dejando claro que no podía ver de forma literal el futuro, tan solo interpretar las ilustraciones en relación con la pregunta formulada, y que era elección del cliente creer si se cumpliría o no. Como nadie le había enseñado a hacerlo, también explicaba que era una interpretación muy personal, no quería a ningún cliente descontento amenazándola o destrozando su reputación como vidente.

Esa era la principal razón por la que se quitaba el mérito.

La otra razón, la que nunca decía en voz alta, era que en el fondo le aterraba no saber de dónde venían esas interpretaciones y los escalofríos que le recorrían el cuerpo en cuanto las yemas de sus dedos rozaban las cartas.

Cuando Emery por fin dejó de hablar, la joven vidente deslizó los dedos por la baraja y al sentir una ligera chispa seleccionó una carta. Luego otra. La tercera carta cayó sola, impulsada por la segunda. Las manos de Levander temblaron durante el momento





en el que dio la vuelta a la primera para desvelar la ilustración y pudo sentir el casi imperceptible relieve de la tinta, como si latiese igual que las venas de sus muñecas. Lo mismo ocurrió con las otras dos cartas, de modo que supo antes de mirar qué cartas habían salido.

*La niña perdida con el orbe, la locura con el número tres y el pájaro imposible con el número siete.*

Levander carraspeó y empezó a divagar, tratando de recordar cuál era la pregunta que había hecho Emery entre su incesante verborrea.

—Hace poco has comenzado un nuevo camino, puede que incluso hayas viajado...

—Viajamos la semana pasada a Cita Pexelle para que Den recogiese cosas de su antigua casa. —El rostro de Emery se iluminó y miró a su compañero—. Ves, te lo dije.

—En el presente..., la locura dice que parece que estás pensando en un proyecto nuevo pero no tiene demasiada seguridad, al menos todavía. —Levander recordó de golpe la pregunta de la joven marinera y se apresuró a terminar su interpretación para formular la respuesta—. El pájaro imposible dice que sin duda debes tener esperanza en la búsqueda. Un número tan cerca del orbe significa que es una búsqueda literal. Has preguntado si ganaréis suficiente para comprar la casa. Creo que buscáis algo y lo encontraréis sin duda alguna, pero no me transmite demasiada seguridad el número tres de la locura. Tal vez algo se esté interponiendo en vuestro camino. ¿Seguís pescando por la zona cercana al límite con Lund?



La pregunta de Levander tras la lectura dejó a ambos marineros algo confundidos.

—¿Qué tiene que ver dónde pesquemos con la casa que estamos planeando comprar? —preguntó Den.

*Vaya, un incrédulo.*

—Oh, puede que no sea la zona, puede que sea el material de pesca o las horas a las que la capitana decide zarpar. —La joven vidente empezó a jugar con una de las redes que tenía sobre el carrito—. El caso es que en el futuro sin duda encontraréis lo que estáis buscando, pero no ahora. Todavía no ganáis lo suficiente o no conseguís pescar todo lo que deberíais. O puede que lo que encontréis sea algo como un tesoro enganchado en vuestras redes...

Emery miró entonces a Levander enarcando una ceja.

—Conque el material de pesca, ¿eh? ¿Quieres decir que si comprásemos una nueva red conseguiríamos lo que estamos buscando?

Levander se encogió de hombros y le guiñó un ojo.

—Puede que sí o puede que no. Pero sin duda le daréis una alegría a la persona que os ha proporcionado esperanza...

La pareja de marineros permaneció en silencio un momento, intercambiando miradas hasta que Emery sacó de su bolsa los cuatro orbes de cobre que Levander pedía por cada lectura. Volvió a meter la mano haciendo sonar los pocos que quedaban dentro.

—¿Cuánto por una red mediana?

Levander esbozó una sonrisa.

—Tres orbes y cinco centellas.





## EN EL QUE UNA SOMBRA DESCUBRE UN RECUERDO

### *Adellaide*

El viento era tan fuerte que Umbra tuvo que agarrarse a la capa del Gran Master con uñas y dientes para no salir despedida. El mago no paraba de recorrer la cubierta de un lado a otro así que decidió, en una de las veces que se acercó a la puerta del camarote, soltarse y quedarse junto a ella. En alta mar, tan lejos de su hogar, tenía que concentrar gran parte de su poder para hacerse corpórea, pero no aguantaba más escuchando al Gran Master retroalimentarse con su propio nerviosismo.

—Si sigues así, acabarás haciendo un agujero en el barco. Y no seré yo quien le diga a Seanna que te has perdido en las profundidades del océano.

El mago se sobresaltó al oír la voz de Umbra, haciendo crujir la madera bajo sus pies, y se giró con urgencia hacia todas las sombras posibles antes de darse cuenta de que la tenía delante en carne y hueso. No literalmente, hacía siglos que la sombra había dejado de ser de carne y hueso. El hacerse corpórea le per-



mitía mostrarse tal y como sería si todavía fuese humana pero no podía mantener esa forma durante más de unas horas.

Emitiendo un sonido sibilante y convencida de que no habría autómatas a su alrededor, Umbra dibujó un semicírculo en el aire con su espada y puso atención para percibir la manera en la que las ondas regresaban a ella. Una vez que hubo calculado el punto en el que se había detenido el Gran Master, abrió los ojos.

Siempre era de noche para Umbra.

Podía vislumbrar ligeramente la silueta borrosa del mago entre las de los autómatas y saber dónde estaría su sombra por la posición del sol, pero ese día estaba tan nublado que no podría saberlo hasta estar justo sobre ella.

—¿Has aparecido solo para decirme que me calme? —bramó el mago—. ¿Así malgastas tu poder? Sabes que no tengo remedio —añadió haciendo llamar a un autómata con un movimiento de muñeca tras consultar su reloj—. Ven, quedan dos horas.

Umbra caminó con paso ligero hasta el Gran Master y extendió las manos al oír llegar al autómata. Este dejó caer sobre ellas un montón de pergaminos cuidadosamente enrollados, con los bordes rugosos y envueltos con lazos aterciopelados, que Umbra comenzó a introducir en una pequeña bolsa de tela tan gruesa como la del vestido con el que se había materializado. Cuando terminó, el Gran Master alzó los brazos y pronunció las palabras necesarias para infundirle algo de energía extra, tras las cuales Umbra volvió a deshacerse para convertirse en humo negro, esta vez llevando consigo la bolsa llena de pergaminos, y se mantuvo a la espera de indicaciones.





El Gran Master despachó al autómeta con la misma sutileza con la que lo había llamado y este, cumplida su labor, se hizo a un lado para doblarse sobre sí mismo haciendo rechinar sus engranajes. El ruido hizo que Umbra se estremeciera. Estaba acostumbrada al estridente sonido de los autómetas más antiguos pero eso no significaba que no le resultasen desagradables.

—Este es el último, así que repártelos todos —pidió pasándose las manos por su maraña de pelo rebelde recién cortado.

Cuando Umbra era muy pequeña, solía subirla a su regazo para acunarla y dejaba que esta le quitase el sombrero porque le calmaba acariciar su pelo. A Umbra le gustaba sentir que cada una de las hebras del cabello del mago tenía vida propia. Como si su magia se extendiese hasta el último rincón de su cuerpo y pudiese transmitirle parte del poder a ella.

En algún momento, Umbra empezó a ser demasiado mayor para subirse al regazo de la única figura paterna que había conocido. En cierto modo extrañaba que la tratase como una niña. Su niña. Sin embargo, el paso de los años había otorgado a Umbra la madurez necesaria para que el Gran Master le permitiese elegir su destino.

Y ella no había dudado.

Había entregado su vida a Inferia sin titubear.

Solo había una cosa que Umbra echaba de menos. Ignoraba si se podía echar de menos algo que nunca se había tenido, al menos no del todo, pero lo cierto era que hacía poco que había empezado a darse cuenta de que la eternidad tenía sus desventajas.

—No tardes.



La voz del Gran Master sonó algo más aguda. Más apremiante.  
*No tardaré.*

Umbral se precipitó al océano sin salpicar.

Se deslizó etérea por la superficie del agua, impulsada por las olas y guiándose hasta tierra firme por el olor y el murmullo lejano del puerto de Pex.

Si hubiese sido un día soleado, los habitantes del pueblo pesquero habrían visto cómo la pequeña sombra flotaba sobre las olas y llegaba a puerto. Habrían visto una sombra sin dueño recorrer las calles, desde los muelles hasta la ermita, pasando por el pequeño mercado en la plaza central e incluso por delante de las ventanas de las casas en las estrechas calles cerca del acantilado, a las que solo se podía acceder por unas vertiginosas escaleras que llevaban allí más tiempo que el pueblo mismo. Sin embargo, las nubes habían cubierto Pex de colores grises y, aunque Umbral podía distinguir ligeramente las siluetas de los marineros entre su eterna niebla particular, ellos no podían verla a ella.

Lo que sí vieron fueron los pergaminos. Umbral los fue dejando caer tras de sí como una estela hasta que solo quedaron tres.

Volvió a los muelles algo turbada.

Algo no iba bien.

Cambió su apariencia para desplazarse con mayor naturalidad. Se despojó del hechizo que la convertía en humo y volvió a su forma habitual, ni la humana ni la sombra, una especie de eco sin color de lo que en un tiempo había sido. Garnet solía decir que parecía un fantasma y ella no se lo tomaba demasiado bien. Umbral conocía a los fantasmas, convivía con las almas perdidas





de los muertos día a día en los pasadizos subterráneos de Inferia, y desde luego no era una de ellas.

El pueblo bullía de energía, las voces de los vendedores ambulantes anunciando su mercancía se oían por todo el puerto y las pisadas de sus botas llenas de sal y restos de tripas de pescado resonaban en la cabeza de Umbra. Y, sin embargo, no escuchó ningún grito de júbilo por parte de la juventud al ver llover pergaminos por todas partes. Un par de niños pasaron corriendo junto al callejón en el que se había escondido y Umbra pudo escuchar a uno de ellos balbucear intentando leer el contenido de la carta que acababa de recoger.

Y entonces lo oyó.

Un corazón latiendo tan fuerte que pondría los pelos de punta a Garnet si pudiera escucharlo.

Umbra concentró su poder en la palma de sus manos para extender las sombras de su interior más allá del callejón. Sintió el frío y la humedad de la piedra del paseo marítimo fundirse dentro de ella conforme extendía su poder como tentáculos negros hasta el lugar del que provenían los latidos. Uno de los tentáculos se topó con la rueda de un carro de madera y se enroscó alrededor de ella para acercarse lo máximo posible a la chica sentada junto a él. Sin que la propia joven pudiera percibir su toque, Umbra ordenó a sus sombras trepar hasta su pecho para poder sentir qué había alterado su corazón.

La siguiente parte siempre era dolorosa para Umbra, pero algo le decía que debía hacerlo. Modificó la consistencia de las sombras hasta convertirlas en un humo gris tan ligero que la jo-





ven junto al carro no sintió nada cuando estas se colaron en sus pulmones. Pero Umbra sí lo sintió. Sintió las paredes rasposas de su garganta algo hinchada y sintió la calidez de su sangre cuando logró llegar a sus venas y arterias. Sintió la forma en la que los músculos de la chica se tensaban con mayor fuerza en la mandíbula y en los dedos, cerrados sobre un taco de cartas algo descoloridas.

Ahora sabía que estaban descoloridas.

Porque gracias a las sombras, Umbra podía ver lo que ella veía. Durante unos minutos podría experimentar lo que la joven de Pex tenía a su alrededor. Podía notar el frescor de la brisa sobre su piel humana. Podía sentir la presión del corsé que sujetaba la falda de la chica sobre su cintura. Y podía observar cómo los pergaminos tirados por el suelo comenzaban a humedecerse sin que nadie los recogiera.

A Umbra siempre le perturbaba vivir el mundo a través de otra persona, por eso odiaba utilizar ese hechizo. Se sentía demasiado expuesta. Como si el hecho de ver pudiera hacerla vulnerable a los ojos de los demás. Se sentía más segura en la oscuridad. Más fuerte.

La joven se llevó la mano al pecho sin dejar de mirar los pergaminos, pero no se levantó. Umbra sintió a través de los dedos de la chica la forma de un colgante bajo su blusa y sonrió al reconocer uno de los recuerdos de la Casa de Ingenios.

—Así que es eso. Ya has estado allí.

Umbra soltó a la chica con una sacudida algo salvaje, pero no se molestó en comprobar si ella lo había notado. Se apresuró a





volver a su forma incorpórea y se deslizó hasta su izquierda, dejando caer a sus pies uno de sus últimos pergaminos.

La joven dio un respingo.

—Vamos, recuerda —susurró Umbra, sabiendo que ella todavía no podía escuchar su voz—. Recógelo. Vuelve a Inferia.

Durante un eterno minuto, la chica permaneció inmóvil. Cuando Umbra ya empezaba a perder la esperanza, oyó el crujido del asiento de la joven y acto seguido el sonido inconfundible del pergamino desenrollándose.

No se quedó más tiempo, no necesitaba más.

Mientras volaba de vuelta al barco, tras dejar caer sobre el mar los pergaminos restantes, Umbra se concentró en la forma de la joya en el pecho de la chica. Para no olvidarla. Quería recordarla y describírsela a Aleksander en caso de que la joven decidiera ignorar la invitación y quedarse para siempre en aquel pueblo con olor a sal y tripas de pescado. Pero dudaba que lo hiciera.







## EN EL QUE SE ROMPE EL RELOJ DE UN MAGO

---

*Nikalais*

Habían pasado varios minutos y el reloj del Gran Master seguía sin emitir el desagradable ruido del metal siendo golpeado por la diminuta tuerca tras el mecanismo. La tuerca en cuestión formaba parte de un añadido diseñado por Seanna para moverse todos los días a la misma hora a tal velocidad que incluso hacía temblar las manecillas del reloj. Nikolais había desarrollado una especie de instinto a lo largo de los años, un escalofrío que le avisaba justo antes de que comenzase a sonar la alarma y el temblor le llegase a las costillas a través de la tela del bolsillo de su chaqueta. No tenía la habilidad de Aleksander para acertar con una precisión infalible la hora en cada momento, ya que, al contrario que Seanna y su espada-chín, no pasaba el día rodeado de relojes, engranajes, inventos imposibles y autómatas. Aunque no podía saber con exactitud qué hora era, algo en la forma en la que el viento rizaba las olas y hacía batir las velas de su barco le decía que era tarde.

El tiempo apremiaba y los escalofríos recorrían la espalda de Nikolais sin parar.

Umbrá se había dado cuenta nada más volver y llevaba ya un rato tratando de distraer al Gran Master hablando sin parar sobre los pocos peones que habían contratado en el último pueblo.

Cuando pasó más de una hora y el barco se acercó lo suficiente a la costa como para que la gente del puerto lo viera, Nikolais se quitó el sombrero y lo dejó en manos del autómatá más cercano antes de arrancar su reloj de la cadena y lanzarlo con fuerza por la borda.

—Aleksander lamentará su pérdida. Seanna podría habértelo arreglado, ahora te matará por haber echado a perder sus piezas —se atrevió a decir la sombra cuando el silbido del reloj cortó el aire rumbo al agua.

—Me matará por volver tarde de todas formas. La última vez que llegué tarde fue... Ni siquiera recuerdo si ha ocurrido alguna vez.

Por supuesto que lo recordaba. Podría olvidar su propia edad y el color de la chaqueta que llevaba puesta, pero Nikolais jamás olvidaba sus errores. Y mucho menos si tenían que ver con Seanna.

Nikolais se imaginó a la Empiressa recostada sobre su trono, probablemente acompañada de sus dos Spadas, viendo cómo el sol comenzaba a ocultarse tras las montañas y con la mirada perdida hacia el mar. Estarían tomándose un té en copas de cristal, esperando el momento en el que el barco apareciera por el horizonte para dar el aviso a los luceros de que pusieran en marcha los fuegos artificiales de bienvenida.





—Da la vuelta, Seanna está esperando —sentenció golpeando al autómatas tras recuperar su sombrero—. Volvemos ya.

—¡No!

El grito de Umbra sobresaltó tanto a Nikolais que se llevó una mano al pecho y con la otra se agarró al autómatas para evitar perder el equilibrio.

—Adellaide... —murmuró suavizando el tono.

—No —repitió ella adoptando su forma corpórea para darle fuerza a su réplica—. Tenemos que ir a Pex. Había una joven en el paseo marítimo con un recuerdo de Inferia. No sé si ella lo sabe, pero necesita volver, así que vendrá. Te lo prometo.

Había algo en la urgencia de su voz quebradiza que siempre sembraba la duda en la mente de Nikolais. A pesar de lo que pudiera parecer por su condición de sombra y su discreción, Adellaide era una chica decidida, sus comentarios eran en ocasiones demasiado directos y las palabras no tardaban en atravesar su garganta cuando necesitaba expresar su opinión. De nada servía la autoridad de Nikolais como Gran Master, creador de Inferia, cuando Umbra estaba en su contra.

—Mantened el rumbo y preparaos para atracar. Que nadie salga de los camarotes. —Despertó con un silbido a uno de los autómatas que descansaban junto al mástil más cercano—. Baja al muelle y no dejes subir a nadie a bordo. Si una chica con un recuerdo de Inferia se acerca, condúcela hasta mi camarote. Solo ella, nadie más.

Ambos autómatas se inclinaron ante él y Nikolais les dio la espalda para dirigirse a toda prisa hacia su camarote, haciendo



crujir los tablones de la cubierta a su paso. Una vez dentro, se quitó la capa y la tiró sobre el diván antes de dejarse caer en la silla tras el enorme escritorio cubierto de informes de las últimas entrevistas. Se recolocó el sombrero y advirtió un movimiento sutil a su izquierda.

Adellaide había conseguido colarse antes de que el autómata de la puerta la cerrase y estaba buscando una sombra para recuperar su energía. Chasqueando los dedos, Nikolais apagó una de las pequeñas lámparas de araña que colgaban del techo para crear una zona oscura al fondo del camarote. La sombra era lo suficientemente amplia como para que Adellaide pudiera moverse sin problema adoptando su forma más cómoda, la que a menudo se ganaba los murmullos de las Spadas y que en más de una ocasión había asustado a algún lucero. La miró de reojo mientras el humo se disipaba dando lugar a algo parecido a un fantasma. Estando en las sombras, y en esa forma espectral, era la manera en la que Adellaide podía sobrevivir lejos de Inferia, lejos de la fuente del ritual que la convirtió en lo que era. A veces, Nikolais se sentía culpable por haber transformado a la que consideraba su hija en un espectro. Pero había sido su decisión. A veces, Nikolais se preguntaba si ella echaba de menos ser humana. Si le guardaba rencor por lo que le había arrebatado.

Adellaide suspiró, sacando al mago de sus pensamientos, y procedió a iniciar una conversación insustancial para pasar el tiempo.

—Los marineros, no solo los de Pex, dicen que está siendo un año duro porque el Segundo está enfadado, ¿a qué se refieren? Sus dioses no existen —añadió con sorna.





Nikolais sabía perfectamente a qué se referían. El mar estaba castigando la avaricia del reino de Oria. Ahogó una carcajada y se reclinó sobre el sillón cubriéndose el rostro con su sombrero.

—El príncipe es un incompetente. Mientras su anciano padre se muere, él sigue planeando la guerra que ninguno de sus antepasados se atrevió a comenzar, sabiendo que ni Cariseya ni Nakara están dispuestos a apoyarle. —De eso se había asegurado Nikolais hacía ya casi un siglo, enviando cada cierto tiempo invitaciones a delegaciones del gobierno de ambos reinos para que pudieran visitar Inferia, contemplar su magia y enamorarse de sus irremplazables maravillas—. Ha aumentado el diezmo en todas las regiones, pero especialmente en la Península, probablemente con la esperanza de intercambiar pescado por armas o soldados. Está masacrando el mar y los pobres pescadores no saben de dónde sacar más peces.

—Pobres peces...

Nikolais esbozó una sonrisa, escondida bajo el sombrero.

Adellaide siempre había tenido debilidad por las criaturas pequeñas e inocentes. Tal vez por eso pasase tanto tiempo entre los luceros. Eran sus peones favoritos, le gustaban mucho más que las maskaras, que tanto fascinaban a los turistas de Inferia en cuanto ponían un pie en el mercado. Y mucho más que los títeres y marionetas que brillaban en el escenario del Teatro Carmesí. Nikolais sabía de buena tinta que Umbra dedicaba sus ratos libres a visitar a los luceros de la Casa de Ingenios.

Sospechaba que esa era una de las razones por las que le acompañaba en sus viajes. Además de ocuparse de preparar el terreno





antes de su llegada a los puertos repartiendo panfletos en forma de pergaminos, Umbra era quien se encargaba de supervisar a los peones recién contratados. En ese momento, los veinticuatro nuevos peones se encontraban durmiendo en diminutos catres divididos en tres camarotes, muy posiblemente soñando con su llegada a Inferia.

—Despierta a los peones con potencial de maskaras antes de llegar a Port’Oriana —dijo el mago incorporándose y lanzando el sombrero al diván—. Necesito hacerles la prueba cuanto antes, ya nos ocuparemos mañana de analizar al resto según las notas de las entrevistas —añadió mientras apilaba los pergaminos rellenos de datos en tinta negra de los nuevos peones para hacer algo de espacio en el escritorio—. Me gustaría tener en cuenta la opinión de las Spadas sobre un par de ellos.

—¿Crees que un bote de pintura te salvará de la reprimenda de Seanna? —La voz de Adellaide sonó divertida desde las tinieblas.

Una risa escapó de los labios de Nikolais.

—Eso espero.

Uno de los pasatiempos favoritos de Seanna era cubrir con trozos de cerámica los puntos débiles de sus autómatas favoritos, para luego llenarlos de diseños florales en un tono muy específico de azul que solo vendían en una pequeña tienda de Port’Oriana. El negocio había pasado de generación en generación y el nieto de su fundador siempre tenía una reserva de esa pintura (a petición del Gran Master y a cambio de un hechizo que le aseguraba la clientela diaria), a la que había terminado llamando «Azul Em-





piressa». Normalmente, Pex era el último pueblo que visitaba el barco de Inferia antes de volver a casa, pero, de vez en cuando, Nikolais pasaba de largo su insignificante puerto pesquero y se detenía en Port'Oriana, exclusivamente para comprar pintura para su Empiressa.

Unos pasos nerviosos al otro lado de la puerta cuando el barco cambió la cadencia de su balanceo indicaron a Nikolais que el lucero al otro lado estaba a punto de llamar para avisar de que acababan de atracar en el puerto de Pex.

—Adelante —exclamó, arrastrando las sílabas como solía hacer cuando recibía a los invitados de Inferia.

El lucero abrió la puerta y, tras informar al Gran Master de lo que este ya sabía, saludó a Umbra, que le dedicó una sonrisa y una reverencia desde la esquina de la habitación en penumbra.

En cuanto la puerta del camarote volvió a cerrarse, Nikolais se levantó de un salto y se dirigió al centro de la estancia para acto seguido quedarse inmóvil. La verdad era que había olvidado por completo para qué se había levantado, pero no iba a dejar que Adellaide se diese cuenta, así que comenzó a dar vueltas por el camarote abriendo cajones a diestro y siniestro fingiendo buscar algo importante. Al cabo de unos segundos, él mismo se lo creyó y comenzó realmente una búsqueda imposible de nada en concreto.

Nadie cuestionaba nunca las excentricidades del Gran Master. Solo Seanna conseguía mantenerlo en su sitio, era la única que comprendía cada una de sus rarezas, sus miedos y sus verdaderos deseos. Pero había otras tres personas que preguntaban el porqué de las cosas. Había tres personas cuya mente inquieta se parecía



tanto a la de Nikolais que sentían la necesidad de rendirse a la curiosidad. Tal vez por eso las había elegido. Ni siquiera él estaba seguro. Nunca sabía por qué, solo quién.

—¿Qué buscas? —murmuró la sombra.

Adellaide era una de esas personas.

—Todavía no lo sé —contestó Nikolais con aire enigmático y un movimiento de manos—. Cuando lo encuentre lo sabré.

En el momento en el que pronunció esas palabras, Nikolais sintió como todas y cada una de las corrientes de magia que flotaban a su alrededor se estremecían y se tensaban hacia él como si dijeran: «soy yo, encuéntrame». Y supo que estaba a punto de hacerlo.



